

colección rúbrica



BLANCA DEL CERRO

— • • • • —

¿Y TÚ DÓNDE ESTÁS, DIOS?

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE

El río de la vida

1

Era divertido pedalear, pedalear incansablemente, continuamente, pedalear, pedalear, los pies en constante movimiento, uno, dos, uno, dos, el cuerpo balanceándose, las piernas duras y apretadas, sin parar, sin detenerse, la tensión concentrada en el cuerpo, los hombros rectos, los brazos algo separados, las manos aferradas al manillar, el estómago contraído, la respiración acompasada, uno, dos, uno, dos, el pensamiento cabalgando por lejanías que se estiraban sin fin, sentir el viento suave en la carne, como manos de papel inventando caricias, y jugar a abandonar la vida, a cambiar los sueños, a elevarlos muy arriba, a transformar los instantes, a alejarse, a dejar atrás ausencias y olvidos, atrás, atrás, muy atrás, y lejos, muy lejos, creando un enorme bloque de pasado y de presente, recreando otra existencia, como si el pedaleo en sí ya implicara un adiós, que sería efímero, que realmente no sería, nunca sería, lo sabía, porque, también lo sabía, por muchos caminos que recorriera, nunca se alejaría de allí, nunca habría un adiós definitivo, siempre volvería, jamás dejaría a su madre, su querida madre. Pero lo importante era pedalear.

Campos, campos, miles de campos, árboles, pinares, sueños desparramados de otros sitios, sueños retorcidos, y después, la vuelta al hogar, a unos brazos tiernos

y a una sonrisa triste. Porque aquella sonrisa, por muy alegre que pareciera, siempre escondía un toque de tristeza. Y él lo sabía.

Era magnífico pedalear.

El estrecho camino de tierra parecía una serpentina loca rodeando los árboles, y Leonardo disfrutaba con sus curvas. Despacio, despacio, pedaleando sin parar pero despacio; nada merecía la prisa, porque sus movimientos eran siempre suaves, medidos, como si disfrutase de ellos.

El pedaleo continuaba, uno, dos, uno, dos, la vista al frente, tanto cielo, tanta tierra, tanto infinito, tantas sensaciones allí dentro, los campos extendiéndose, la luz recogida en capas eternas, y un horizonte sin límites.

Siempre que iba en bicicleta sonreía, sonrisas nacidas de un interior oculto. Siempre que iba en bicicleta sentía una gran liberación, como si las ruedas se elevaran ligeramente y no tocaran el suelo, como si flotara, como si caminara por un sendero de nubes y aire formado para él, sólo para él, una vía de infinitos azules y blancos que no tuviera final. En el fondo, aunque no quisiera admitirlo, lo que le gustaría sería salir de Lándera y recorrer otros lugares, más allá de todo lo conocido, y visitar ciudades lejanas, investigar otras tierras, adentrarse en otros mundos, más allá, siempre más allá. Era un deseo que sentía desde hacía tiempo, un deseo oculto que no había comentado con nadie, ni siquiera con su madre quien, al fin y al cabo, era la persona que tenía más cerca y el único ser del universo en el que confiaba.

Empezó a conocer los espacios en los libros que le prestaba don Ruperto, el maestro, y sus explicaciones tan detalladas, y posteriormente a través de la televisión; su mente quedaba obnubilada por las increíbles maravillas descubiertas en cientos de páginas, de letras y de imágenes plagadas de sueños. Imágenes nuevas y lugares nuevos, otros, que se encontraban más allá, mucho más allá. La verdad es que le encantaría recorrer ciudades y pueblos lejanos, perderse, ausentarse, fundirse con aquello que veía y con lo que soñaba. Ese era su gran secreto, que jamás confesaría, porque estaba su madre, un ensueño de dulzura, aquellas manos tiernas, y sus ojos, tan enormes, tan dulces, la negrura del firmamento agazapada en dos iris grandiosos plagados de silencios. Y nunca la abandonaría, jamás, de eso estaba plenamente seguro: su madre sería siempre lo primero.

La fría mañana se derramaba sobre su cuerpo atlético rodeándolo de cachitos de paz.

Sabía que llegaría hasta Loberga, o Candiles, o Angoria, los pueblos más cercanos, a pocos kilómetros en realidad; pasearía por allí, recorrería las calles, saludaría a los conocidos, se detendría a hablar con la gente, o no. Casi todo el mundo conocía a Leonardo, siempre presente con sus correrías, y ellos le decían hola y adiós, saludos por aquí y por allá, y posteriormente daría la vuelta para emprender el camino de retorno. Esa mañana no pasaría por la granja de Tadeo, a medio camino entre las dos villas. Tadeo y su familia eran personas muy agradables que le acogían como si él fuera uno más

de su numerosa prole. Tadeo, un hombre muy campechano, moreno y fuerte, alto y recio, con la fuerza de los campos incrustada en la piel, además le enseñaba la granja y sus secretos, le montaba en el tractor, le llevaba a los campos, le aleccionaba, le enseñaba las faenas que compartía con sus hijos, como si Leonardo fuera uno más entre ellos, y le decía lo que se hacía aquí o allá. En ocasiones, cuando tenía tiempo suficiente, se armaba de valor y recorría los veinte kilómetros que le separaban de Beldona, la gran ciudad, enorme en comparación con su pueblo, y atravesaba sus calles y plazas, se empapaba de los ruidos que tintineaban a su alrededor como cascabeles de vidrio, contemplaba las vías populosas, plagadas de gente, coches y edificios, y se acercaba al mar, tan azul y tan sereno. En su pueblo no había mar, qué más quisiera. Su pueblo era una mancha diminuta en medio del campo, aunque le agradaba vivir allí. Lo cierto es que le gustaba el mar, todavía recordaba la primera vez que lo contempló, qué maravilla y qué grandiosidad. Le gustaba detenerse a admirarlo y a compartir pensamientos, aquel sonido de olas, y absorbía los extraños olores que envolvían su cuerpo, y los colores; se llenaba de otras sensaciones distintas, el desconocimiento del resto de la humanidad, porque allí era totalmente desconocido, a diferencia de Lándera y alrededores, donde prácticamente todo el mundo era amigo de todo el mundo. Eran pocos y se conocían todos, o casi todos; y eso tenía sus ventajas y sus desventajas, como la mayoría de los elementos de la vida.

Esa mañana de un otoño recién nacido, en la que mil candelas de luz intentaban abrirse paso a través de unos nubarrones grises y malvas, llegaría hasta los límites de Loberga. Posiblemente se introduciría en el gran pinar enclavado al borde mismo del pueblo, daría unas cuantas vueltas entre los pinos, permanecería allí remoloneando y a veces absorto, sin hacer nada más que disfrutar del entorno, las plantas, las aves, los claroscuros que jugaban con el aire, contemplaría las sombras, escucharía a los pájaros, se hartaría de silencio, el que al fin y al cabo era su gran amigo, y volvería a su pueblo tras haber recogido unos cuantos centenares de las sonrisas ocultas que reparten los árboles, las hojas y las ramas, de cuya existencia nadie es consciente más que unos pocos elegidos que saben escucharlas. Porque Leonardo había aprendido a escuchar las sonrisas, que posteriormente se llevaba consigo como un preciado tesoro. Imaginaba que metía las sonrisas en los bolsillos y las transportaba lejos para repartirlas y compartirlas. Imaginaba tantas cosas...

Esa mañana tibia la dedicaría al exterior, también fastuoso, no cabía duda, porque lo que a Leonardo le fascinaba realmente era el interior, el interior de la tierra, el fondo, ese corazón lleno de oquedades que latía denso, las profundidades ocultas, las cuevas, las grutas, las cavernas, los recovecos, las galerías, los caminos empapados de oscuridad que llevan al fondo de unos abismos desconocidos y siempre distintos, el silencio que abre la boca y traga el entorno apoderándose de la vida

y transformándola en ahogo, las grietas que se extienden llamando a la nada, las sombras que gritan y absorben a quien se atreve a invadirlas. Cuando se introducía en la tierra, sentía que todo su ser se transformaba, llenándose de su esencia y convirtiéndose en ella. Ni siquiera sabía que esa gran afición por las oscuridades de la tierra recibía el nombre de *espeleología*, ni falta que le hacía el saberlo; lo único importante era lo que sentía cuando se encontraba allí abajo, sus impresiones, sus sensaciones, ese latido inmenso que le devoraba, algo que nadie conocía hasta que lo percibía dentro. Cuando empezaba a descender, su cuerpo se hacía otro, sentía la tierra palpitando en sus venas, como un martillo grandioso, como el badajo de una enorme campana, como un requiebro de sombras. Y, en un momento dado, dejaba de ser él para diluirse en las profundidades de un más allá eternamente desconocido. No comprendía de dónde venía ese amor por las profundidades de la tierra, pero tampoco se lo preguntaba.

El pedaleo continuo le hacía sudar. Se quitó la chaqueta que su madre le obligaba a ponerse y la colocó sobre sus hombros, haciendo un nudo con las mangas que quedaron reposando sobre el pecho. Su madre siempre se empeñaba en que fuera abrigado. Y él nunca tenía frío.

Ella, Julieta, siempre estaba pendiente de él; demasiado pendiente, pues decía que era lo único que tenía en el mundo y que se moriría se le sucediera algo malo. Las madres... las madres siempre son así, y la suya en especial. Pero ¿qué podría ocurrirle? «Te vas solo, y ¿qué

hago si te pasa algo?», decía. «¿Cómo me entero? No te alejes, por favor».

El cuerpo de Leonardo era fuerte y musculoso, fruto de las innumerables horas que pasaba montando en bicicleta y de las largas caminatas realizadas por el exterior y el interior de la tierra. Decían que iba a ser tan grande como su abuelo, a quien veía de vez en vez por el pueblo. Y era cierto. Su cuerpo de adolescente se perfilaba ya con una grandiosidad casi perfecta, y podía percibirse que en poco tiempo alcanzaría la plenitud, igual que su abuelo paterno; no como su padre, a quien no conocía, aunque le hubiera gustado, pero eso no se lo confesaría a su madre. Cuando Leonardo no tenía más que unos pocos años, aquel señor mayor, de pelo bastante canoso y ojos negros, alto y fuerte, que caminaba erguido y con la frente levantada, y ante el cual la mayoría de los habitantes del pueblo sentía un inmenso respeto y un extraño temor, se acercaba en ocasiones a su lado, le ponía su gran manaza sobre la cabeza y decía con voz cavernosa:

—Ya va siendo grande el muchacho.

Y se alejaba dejando a su alrededor un aroma a colonia cara y un regusto a sombras que le envolvían. Por aquel entonces, siendo aún muy niño, no sabía que era su abuelo, por eso no entendía la razón por la cual aquel hombre serio le hacía caricias y le introducía en secreto un puñado de caramelos en el bolsillo de la chaqueta. Por aquel entonces ignoraba la mayor parte de las circunstancias que rodeaban su vida.